

TIENDA de los discos, de altas repisas que exhibían las pastas de los LPs de 33rpm: casi todas ellas coincidían en la fulgurante muchacha que vestía el apenas diminuto bikini o las caras sonrientes y casuales de los integrantes de las bandas más famosas: The Beatles, The Bee Gees, The Rolling Stones. Caminaba desde mi casa y, a lo largo de esas cuadras, me entretenía imaginando cuál de aquellos discos me gustaría escuchar; pero, al llegar el umbral de la tienda y contemplar en ella el movimiento, me abandonaban las certezas.

Aun así, me acercaba a los discos como quien contempla un tesoro: a través de los colores y diseños de sus tapas, la tipografía o el dibujo de los nombres percibía la llamada de un mundo por entre cuyas calles y pasajes me perdía. Mundo de palabras e imágenes que debía atravesar para acceder a uno nuevo y sagrado. Así, mis visitas a la tienda de los discos eran como peregrinaciones a una meca entre cuyos muros, tapices y altares aprendía a orar y adorar a mis héroes y en la minúscula cabina en que me encerraba a escuchar su música, me sentía como delante de un confesionario ensayando una forma de plegaria o rezo que me acercaría a un dios cuya presencia solo surgiría en el momento en que sintiera el placer de los sonidos brotar del roce de la aguja montada en el vinilo.

*(Fragmento de "Mundo acuático",
texto incluido en el libro del autor, Staccatos)*

NEGRO MAR DEL VINILO

Escrito por Alejandro Sustí*

Aún conservo la fotografía: estoy al lado de una pesada radio Telephunken y mi primer tornamesas; en la pared del dormitorio el afiche de Santana y, a mis espaldas, la portada de "In a gadda-da-vida" de *Iron Butterfly*. Lo poco que sabía del mundo me llegaba a través de la pantalla de un televisor en blanco y negro, la página deportiva del diario o las ondas de mis programas favoritos en la radio. La música entonces era la cápsula a bordo de la cual me sentía seguro y a salvo: cabina-útero-pece-rama-máquina espacial, burbuja que me protegía del caos de la existencia.

Desde esa época la música despertó en mí la certeza de que era un ser humano capaz de sentir, de imaginar mundos alternos de los que podían surgir personajes, historias, paisajes, ciudades, sensaciones llevadas de la mano por melodías, armonías, ritmos, voces, instrumentos. No sabía hablar inglés, pero imaginaba lo que las palabras no podían decirme: en su ausencia me inventaba un lenguaje secreto que variaba su forma de acuerdo a mi estado de ánimo: de la rabia a la tristeza, la alegría a la ternura, del placer al hartazgo en materia de segundos.

Me pregunto cuántos muchachos como yo crecieron del mismo modo: a trompicones, inventándose un paisaje

interior en medio de las carencias y silencios de su época. La nuestra –lo sabemos ahora mejor– siempre ha sido una sociedad represiva, conservadora, discriminadora en la que los privilegios de unos pocos se han impuesto sobre las espaldas de los muchos y, entre esos muchos, han estado los adolescentes de ambos sexos. Quizás por todo ello el rock –que era la música que yo escuchaba– se convirtió en una forma de materializar el desencanto con el mundo de los viejos.

Me pregunto cuántos de esos muchachos se forjaron con esa música una identidad con la cual resistir la violencia y la indiferencia: imposible saberlo. La historia de esos muchachos no se ha escrito ni probablemente se escriba nunca, como falta aún escribirse la de muchos otros silenciosos habitantes de este planeta. En todo caso, a mí me cabe la certeza de que la música –y hablo en particular del rock– me ayudó a entender quién era y en qué me diferenciaba de los que iban al trabajo vestidos de saco y corbata, los aparentes dueños de este mundo que criaron a sus hijos como ellos habían sido criados y que decían amar a su país y pensaron que nos legarían una sociedad más justa. Ahora bien sabemos que nada de eso era cierto.